

no puede convertirse en prédica des-  
embozada de doctrinas. Invade con  
ello campos ajenos—el ensayo, el  
artículo de prensa, la conferencia,  
el panfleto—y pierde en belleza, sin  
lograr añadir refuerzos estimables a  
las campañas políticas o sociales de  
su autor.

Grandes novelistas de todas las  
épocas y de todos los pueblos tui-  
eron influencia bien decisiva en el  
desarrollo de la sociedad humana,  
agitando su evolución por caminos  
de justicia y de solidaridad. Pero no  
fueron propagandistas. Se limitaron  
a pintar el doloroso medio en que  
actuaban sus personajes angustia-  
dos, y el fuerte dolor del relato tuvo  
mayor influencia que todos los dis-  
cursos chillones con que ahora se  
pintarrajean los mítines de arrabal.

José Mancisidor se debe a las le-  
tras americanas tanto o más que a  
las luchas sociales de su patria. Cau-  
sas diversas como son, no pueden  
confundirse en ellas los afanes del  
autor sin que tenga desmedro el no-  
velista y no gane gran cosa el hom-  
bre de lucha que hay en él.

No se crea, por lo dicho, que la  
*Ciudad Roja* es novela despreciable.  
Pero es inferior a *La Asonada*, que  
ya aplaudiéramos sin reservas en  
estas mismas páginas.

**HOMBRES.**—Cuentos de *Juan José  
Morosoli*.

Este poeta uruguayo, poeta en el  
soleado rincón de Minas, tiene ga-  
nado un nombre en la lírica de su  
patria. Su libro *Los Juegos*, apareci-  
do hace tres o cuatro años, mostró

la riqueza de su temperamento poé-  
tico.

Nos da ahora un bello libro de  
cuentos criollos, de estilo bien per-  
sonal, de trama sencillísima, y en  
que la visión del campo uruguayo  
no tiene el marco vanguardista que  
suelen colocarle los escritores a la  
moda. Sencillez, naturalidad de pu-  
pila y de expresión, he ahí las dos  
cualidades máximas de este nuevo  
cuentista americano.

Para que se aprecie la maestría  
de sus descripciones, cogemos una,  
al azar: «La noche está de helada.  
Parece de vidrio. Un vidrio que se  
hubiera apretado sobre los árboles,  
los cerros, los animales. Un silbido  
hubiera ido quien sabe dónde, como  
un alambre, haciendo un agujerito  
en la noche. En las aguadas las estre-  
llas parecían estar en el fondo, sur-  
gidas de allí, no reflejadas. Cuando  
volaba algún teru teru se veía clari-  
to como si fuera un recorte espeso.  
Llevábamos las piernas envaradas de  
frío. Los ruidos del sulqui iban a so-  
nar lejos, y luego un rebote del eco  
los traía claros. «El Correo» sacó  
la botella de la «mimosa» y le pren-  
dió un beso como de madre».

Entre todos los cuentos de *Hom-  
bres* (1), nos parece *Las cortas de  
maíz* el más logrado, el de contornos  
más firmes y de sentido más uni-  
versal en su regionalismo.

Primera obra en prosa de Moroso-  
li, este volumen gana para su autor  
el título muy justo de cuentista. A  
sus indiscutibles blasones de poeta  
hay que sumar desde ahora sus mé-  
ritos de prosador.—C. P. S.

(1) Imprenta de Ramón Trelles. Mi-  
nas, Uruguay.